

ECOS DE UN LUGAR

ECOS DE UN LUGAR

Fiep van Bodegom
Verónica Gerber Bicecci
Zara Khadeeja Majoka
Nashilongweshipwe Mushaandja
Ligia Nobre
Emilia Pardo Bazán
Amanda Parmer
Paola Santoscoy
Salomé Voegelin

Editado por Andrea Ancira y Jorge Munguía

Este proyecto fue posible gracias al apoyo de:

Museo Experimental el Eco, UNAM

Fundación BBVA

Graham Foundation

ÍNDICE

8 Puntos de partida
Andrea Ancira / Jorge Munguía

17 Tenemos un problema
Paola Santoscoy

31 Carta desde un suelo común
Ligia Nobre

45 La gramática de las ruinas
Fiep van Bodegom

77 Lo que las sombras pueden
Zara Khadeeja Majoka

103 La cabeza de Teo a recomponer
Verónica Gerber Bicecci / Emilia Pardo Bazán

119 Construir un lugar efímero a partir
del volumen indivisible de palabras
Salomé Voegelin

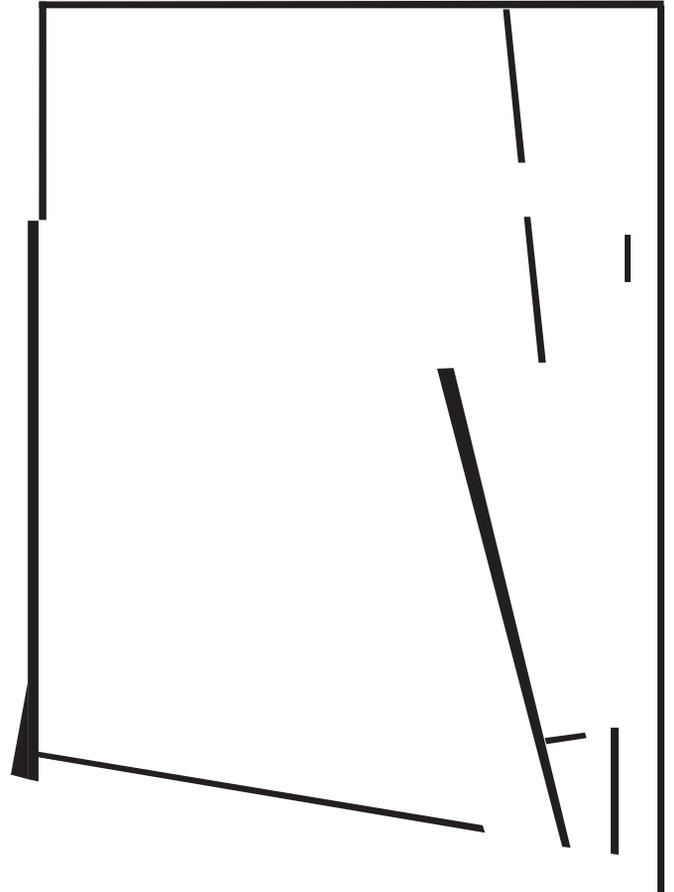
137 Respons–habilidades de la visión
Amanda Parmer

151 Cajas negras y cubos blancos
como campos de concentración:
sobre la violencia institucional y
el trauma intergeneracional
Nashilongweshipwe Mushaandja

168 Semblanzas

CARTA DESDE UN SUELO COMÚN

Ligia Nobre



Querido A.,

Esto es una carta de amor. Una carta de amor en el sentido en el que yo te escribo lo que amo de la ciudad en la que nací y crecí. Una carta de amor porque es un ejercicio para mostrarte a ti, a través de la escritura, lo que admiro, lo que me mueve. No habla de todo, sino de un lugar en particular. Es de amor de una forma expandida, así como yo te amaba, en una forma expandida. “Expandida” en el tiempo y más allá de toda explicación, llena de cuidado, curiosidad y misterio.

Yo nací y crecí en São Paulo, Brasil. No estoy segura de que sea mi hogar, aunque mis padres y mis demás familiares y amigos sigan viviendo ahí. Me siento “como en casa” sobre todo cuando estoy en situaciones de desplazamiento, cuando estoy en movimiento. São Paulo es mi “hogar” cuando estoy en movimiento; me siento en casa cuando frecuento diferentes tipos de personas, enfrente diferentes modos de existencia, cuando puedo vivir y experimentar encuentros múltiples y variados.

Uno de los lugares que más me gusta en São Paulo es el Parque Ibirapuera. Sobre todo, me encanta la gran marquesina. Me gusta mucho, aunque no vaya muy seguido... En realidad, casi nunca voy. En ese sentido, es como nosotros; hubo un amor tácito y constelaciones en común, diferentes mundos y un

*El lenguaje habla de la pérdida en tanto que las palabras son recuerdos de cosas y estados.
Laurie Anderson, All the things I lost in the flood, 2018.*

lazo fuerte, pero en realidad nos hemos visto muy pocas veces en nuestras vidas.

Todavía no existíamos cuando se concibió el Parque Ibirapuera. De hecho, se construyó con motivo del 400 aniversario de la ciudad de São Paulo, en 1954. Para entonces, São Paulo se había establecido como el principal centro financiero y como la zona conurbada más grande del país, a través de un proceso de desarrollo impulsado por la industria automotriz. Con una población en rápido crecimiento —que en ese momento sumaba tres millones de personas—, el Parque Ibirapuera se concibió para ser el área verde pública más grande de la ciudad. Inspirado en los parques europeos, el Parque Ibirapuera tiene un área total similar a la del Hyde Park de Londres y la mitad de la del Bois de Boulogne de París. ¡Es enorme! El diseño original del parque contemplaba pequeños pabellones temáticos y la gran marquesina como elemento conector. Lo diseñó un equipo encabezado por el arquitecto Oscar Niemeyer y sus jardines fueron concebidos por el paisajista Roberto Burle Marx, mismos que se implementaron mucho tiempo después, en la década de 1970.

¿Has notado que Niemeyer fue casi el único responsable de construir los símbolos que pretendían advertir el futuro de Brasil entre las décadas de 1930 y del 2000? Esto fue parte del proyecto de modernización del país impulsado por el Estado. En los años cincuenta, la ideología estatal convirtió a Brasil en el “país del futuro”, y Niemeyer,

una vez más, contribuyó a que se materializaran esas ideas. Es muy impactante lo visible que es el auge industrial en São Paulo, la ciudad con el segundo lugar en cantidad de construcciones de Niemeyer después de Brasilia, durante la posguerra. Los años cincuenta marcaron un momento en el que la sociedad y la ciudad parecían estar muy alejadas y ser muy distintas de lo que debían ser “en el futuro”, cosa que hoy, en el 2018, hemos alcanzado ostensiblemente.

El Parque Ibirapuera sigue siendo una de las pocas áreas verdes públicas de la ciudad y claramente sigue siendo uno de los puntos de referencia icónicos de São Paulo. Pero, yo me pregunto, ¿un punto de referencia para quién? Actualmente viven más de diez millones de personas en esta ciudad. También hay muchos modos de vida que cohabitan aquí... Sí, creo que hay una falta de sentido de lo público en São Paulo. Hay una falta de conectividad entre los diferentes territorios socioeconómicos. La gran mayoría de la población urbana no frecuenta el Parque Ibirapuera, quizá por la escasez de transporte público para acceder a él. ¿Cómo se puede vivir con tales contradicciones? En São Paulo, las contradicciones están imbricadas en todas nuestras formas de vida. ¿Cómo podrían cambiar las cosas?

Históricamente, São Paulo siempre ha estado segregada: es asimétrica y desigual, con varios sectores que gozan o que padecen estándares de vida y acceso a servicios, a infraestructura y a recursos radicalmente distintos. El paisaje urbano está en

plena mutación acelerada, y como señala la socióloga Vera Telles en su libro *A cidade nas fronteiras do legal e ilegal* (2010), estas divisiones sociales y espaciales se han “revuelto”⁹. Aprecio y respeto mucho la investigación y la postura política de Telles. Como describe con precisión: “moverse en círculos sociales heterogéneos, forjarse oportunidades, construir redes de sociabilidad y esferas de acción son estrategias de supervivencia que usan no sólo los ricos, sino también los pobres. [...] No es un caso de universos paralelos, mucho menos de una oposición entre lo formal y lo informal, lo legal y lo ilegal. De hecho, es en los pliegues de esas redes donde se desenvuelven los juegos de poder y donde se trazan los límites del conflicto que rediseñan los mundos urbanos”.¹⁰ Las trayectorias, los imaginarios, las mediaciones, los conflictos urbanos y biográficos... todo esto se traza y es trazado por los espacios y funcionamientos de la ciudad, incluidos nosotros dos.

Eso es lo que te quería decir sobre mi amor por la marquesina, que también tiene que ver con mi amor por ti: es plural, es libre, no tiene miedo y es valiente de muchas formas distintas. En el transcurso de nuestra vida cotidiana, específicamente en São Paulo (pero también en otros lugares), habitamos espacios heterogéneos, nos movemos entre códigos distintos y entre fronteras que se oponen, con circuitos, conexiones y barreras que transforman

9 Vera da Silva Telles, *A cidade nas fronteiras do legal e ilegal* (Belo Horizonte: Argumentum, 2010).

10 Ibid 30.

nuestras formas de vida. Para mí, la marquesina del Parque Ibirapuera invoca una mezcla entre múltiples posiciones sociales, usos, movimientos, cuerpos y lenguajes. Invoca una especie de monumentalidad y, a la vez, una escala más humana. Es un espacio que reúne y apoya formas de existencia plurales. Se trata de relaciones, en su encarnación de convivialidad como de conflicto. ¿Acaso esas relaciones se acercarán más a la experiencia de escalar una montaña o de disfrutar un concierto musical? ¿preferirán bailar juntas o caminar de la mano? Tú dime...

¿Qué es lo que hace que ciertas cosas sean posibles y otras imposibles bajo la gran marquesina de Ibirapuera? La arquitecta Keller Easterling, en su libro *Extrastatecraft: el poder de la infraestructura del espacio* (2014), lo llama “disposición”. Para ella, “la disposición es inmanente, no a las partes en movimiento, sino a las relaciones entre los componentes”¹¹. La disposición incluye un conjunto de formas arquitectónicas, discursos, decisiones reglamentarias, leyes, instituciones y medidas administrativas; comprende lo dicho y lo no dicho. En resonancia con las historias arquitectónicas olvidadas de *El Piso*, otro libro de Easterling, para mí la disposición de la marquesina de Ibirapuera hacia esos posibles usos múltiples tiene que ver con pensar su piso como una “forma activa”.¹²

11 Keller Easterling, *Extrastatecraft: the Power of Infrastructure Space* (Londres/Nueva York: Verso, 2014), 72.

12 Keller Easterling, “Floor” in Rem Koolhaas/AMO/OMA eds. *Elements* (Venecia: Marsilio Editori, 2014).

El piso es de concreto reforzado plano y liso, a un lado de y yuxtapuesto a las grandes áreas verdes y zonas boscosas. Las dimensiones de la marquesina son inmensas. Su piso es la base de 121 columnas que soportan una enorme losa de concreto a modo de toldo. Tiene un perímetro de 1,700 metros y un área total de 28,800 metros cuadrados. Su forma “orgánica” tiene una extensión que mide aproximadamente 620 metros, cuyo ancho varía entre 6 y 75 metros, y una altura que fluctúa entre los 3 y los 4.25 metros. Su función inicial era conectar y soportar los pabellones, que hoy son instituciones culturales y artísticas: Fundação Bienal, el Museo de Arte Moderno de São Paulo (MAM), OCA, el Museo Afro-Brasil, el Pabellón de Culturas (actualmente vacío) y el Auditorio. Superando su naturaleza gestual moderna, en el transcurso de más de 60 años, la marquesina se ha vuelto un espacio de vida social sumamente concentrada que acoge múltiples formas de uso espontáneas: andar en patines, en patineta o en bicicleta, bailar, caminar, descansar, etc.

La palabra “Ibirapuera” es el nombre indígena en tupí-guaraní del pueblo ubicado ahí antes del Parque. Los colonizadores portugueses desplazaron a sus habitantes violentamente. Ibirapuera significa “palo podrido” o “árbol podrido”. De hecho, el área es una región lacustre drenada, engrosada con capas de tierra. Debajo del piso de la marquesina sigue latente el área de trilla tupi-guaraní—un lugar de reunión y negociación, un yacimiento de deseos potentes que abarcaban muchas perspectivas y sucesos—. El suelo puede

ser un lugar de inclusión, pero también un lugar de exclusión. Esto nos recuerda que todas las especies, incluidos los seres humanos, vivimos sobre la piel de la Tierra. Permanentemente formada por las huellas y trayectorias de todas las entidades animadas, la piel de la Tierra es un mosaico. El suelo de la marquesina es un conjunto de trayectorias e imaginarios, “un medio de actividad”.

En el tejido de ese rico y extenso mosaico, veo la gran marquesina como una encrucijada. “Para conocer, es necesario tomar postura”, según explica el historiador del arte Georges Didi-Huberman.¹³ Cada postura es fatal en relación con lo que suponemos que estamos cuestionando y, a la inversa, con lo que aceptamos. En este sentido, tomar postura es estar en movimiento y asumir la responsabilidad de esos movimientos, de sus intervalos y conflictos. Los movimientos son dislocaciones de los cuerpos, atravesados por innumerables fuerzas y afectos. Como enfatiza Didi-Huberman, en una encrucijada, tomar postura implica mantenerse entre dos temporalidades y entre dos espacios al mismo tiempo.

—

13 Georges Didi-Huberman, *Quando as imagens tomam posição: O olho da história* (Belo Horizonte: Editora UFMG, 2017).

Hace tiempo soñé que pasábamos un día juntos. Era un maravilloso día soleado en el parque. Parecía una mezcla entre el *Central Park* y el Parque Ibirapuera. El cielo estaba despejado y azul, era verano, pero con temperatura templada. Tú traías *jeans*, una camiseta blanca y tenis, y yo traía un vestido negro largo con unas sandalias. Estaba feliz de verte. Sentía mariposas en la panza. Pero era yo misma, estaba celebrando la vida y el encuentro contigo. Tú también estabas feliz, te veías guapo y tenías esa misma energía vibrante que recuerdo desde la primera vez que te vi. Nos deshicimos de los protocolos, con nuestras historias, gestos y trayectorias encontradas, entrelazadas, haciendo un bello dibujo que solo existió en ese preciso momento. Fue un día perfecto.

Después, estábamos en una exposición de ropa de mujer en el *Metropolitan Museum* de Nueva York y, de pronto, yo traía puesto uno de los vestidos. Se llamaba “Vida/Pérdida: Ceremonia de Separación”. Estaba lleno de nudos blancos y negros. Seguimos caminando, platicando y meditando en silencio. Muy despacio, yo iba desatando algunos de los nudos, deshaciendo las ataduras, soltándolas. A veces no los podía desamarrar... los nudos estaban muy apretados. Mi cuerpo se fue haciendo cada vez más ligero y más centrado. Mientras tanto, te percatabas de lo poderosas que eran las prendas para expresar y lidiar con las emociones, con los instintos, con las narrativas profundas. Entonces, nos transportamos a lo más alto del *Metropolitan*, donde hacía un poco de viento. Volteamos hacia abajo y vimos el bosque y

la gran marquesina... Ante la sorpresa, decidimos bajar a visitarla...

La marquesina tenía un ambiente sonoro exquisito. Era tan vasta como uno de los ríos de la Amazonia. No se alcanzaba a ver el otro lado así que establecí la línea del horizonte. Alrededor nuestro, había cuerpos y tambores tocando. El patrón gráfico de una cancha de basquetbol marcó las reglas de un juego; se oía el patear de un balón, los golpes rítmicos del pie contra el cuero. Se desenvolvían otras reglas y juegos no muy lejos de ahí. Los patinadores se deslizaban y daban vueltas, desafiando la gravedad, inspirando experimentos con el comportamiento y las posibilidades de sus propios cuerpos. Estábamos en un bosque de columnas donde parejas se encontraban, los niños se recostaban en el suelo, y los vendedores callejeros descansaban y platicaban. La marquesina invitaba o mejor, inducía a nuestros cuerpos a acercarse más al suelo, libres de cualquier convención. Nos sentábamos recargados en una columna. Yo me recostaba en tu regazo. Era un gesto de gran intimidad. Nuestras pláticas oscilaban entre recuerdos y deseos, desde tu deseo de navegar tu propio barco al mío de viajar por el mundo trazando líneas de vuelo.

Seguimos caminando en medio de la multitud, con ciertas proximidades y distancias. Cerca de la gran puerta amarilla de otro museo, nos encontramos a un numeroso grupo de *beyhives* haciendo una coreografía hermosa. Eran puros adolescentes con ropa y tintes de pelo coloridos. Intenté unirme a ellos, para aprender algunos pasos... en ese

instante, el suelo empezó a temblar. Todos temblamos. La Tierra también estaba haciendo la coreografía y bailando con nosotros. Tú te reíste y me contaste tu experiencia en las montañas de Bolivia, donde seres invisibles habían jugado contigo moviendo tu tienda de campaña en la noche. Alguien te dijo que estabas en su camino y que por eso habían movido tu tienda. Y me dijiste: “yo no creo en brujas, pero que las hay, las hay”.¹⁴

Debajo de una araña gigante dentro del museo, seguimos bailando con los *beyhives*. La gente estaba tomando café, recostada, cocinando, disfrutándose. Estaban usando el museo para fines y hechos ordinarios, sin buscar poseerlo. También se materializaron montañas rusas. Se estaba celebrando la vida. Las puertas se abrían. “Cuasi-objetos”, como rampas, cajas y bancas, se usaban en el museo y en la marquesina.¹⁵ Personas, perros, gatos, mariposas, pájaros, sirenas y otros seres existían todos juntos. Entre ellos, una niña se hizo amiga de una paloma. Otra niña, vestida de rojo, salió corriendo hacia afuera del museo, contenta, abrazada de un señor alto que parecía ser su padre. Él estaba sobre una patineta y ella se sentó en la patineta y lo acompañó en su paseo libre y valiente...

14 En español en el original. (N. de la t.).

15 A través de una intervención artística, que también se manifiesta como arquitectura y lenguaje gráfico, Grupo Inteiro (Claudio Bueno, Carol Tonetti, Ligia Nobre, Vitor Cesar) creó piezas móviles relacionadas con las diferentes vocaciones de Marquee y MAM-SP en la exposición *A marquesa, o MAM e nós no meio* [La marquesina, el MAM y nosotros en el medio]. Comisariada por Ana Maria Maia, con Educativo MAM y O grupo inteiro. Museo de Arte Moderno de São Paulo (MAM-SP). 09 de mayo - 19 de agosto de 2018.

Luego el tiempo cambió. Había silencio. El suelo de la marquesina se volvió puro reflejo, como un mar. Me diste un beso de despedida, tomaste tu barco y te alejaste. Fue una simple y breve ceremonia de separación. En la encrucijada, tomamos distintas posturas y caminos. Ya sin nudos. Y yo tomo y recreo las rutas que he trazado en el suelo de la Tierra...

—

Relaciones de vecindad, de adherencia o de acumulación se dibujan en el suelo de la marquesina, componiendo un bello mosaico en movimiento. Rituales, gestos y territorios aparecen y desaparecen... y esta carta —escrita mucho tiempo después de que terminó el sueño— es un intento por recolectar y (re)inventar esos recuerdos. Es una forma de liberar amor.

Con cariño,

L.

Ecos de un lugar

Fiep van Bodegom, Verónica Gerber Bicecci,
Zara Khadeeja Majoka, Nashilongweshipwe
Mushaandja, Ligia Nobre, Emilia Pardo Bazán,
Amanda Parmer, Paola Santoscoy y Salomé Voegelin

Editores: Andrea Ancira | Jorge Munguía
Coordinación Editorial: Andrea Ancira
Diseño Editorial: Isabel Sierra
Traducción Inglés-Español: Alejandro Arras

Buró—Buró
Primera edición, 2020
© Buró Buró Oficina de proyectos culturales S.C.
y autores de su texto

ISBN: 978-607-98419-7-3

Buró—Buró
Jalapa 27, Roma Norte
Ciudad de México, 06700

Impreso en la Ciudad de México

